

## CAPÍTULO XII

---

**Cómo, no obstante los progresos de la civilización, la condición del campesino francés era en algunos casos peor en el siglo XVIII que lo había sido en el XIII.**

En el siglo XVIII el campesino francés ya no podía ser víctima de los pequeños déspotas feudales; no estaba expuesto, sino muy rara vez, á la violencia del Gobierno; gozaba de libertad civil y poseía una parte de la tierra; pero todos los hombres de las demás clases se habían apartado de él, y vivía completamente aislado, como quizás no se había visto en ninguna parte del mundo: especie de opresión nueva y singular, cuyos efectos merecen ser considerados aparte muy atentamente.

Ya á principios del siglo XVII Enrique IV se lamentaba, según Perelx, de que los nobles abandonasen los campos. En el siglo XVIII esta deserción era casi general: todos los documentos de la época la señalan y la deploran; los economistas, en sus libros; los intendentes, en su correspondencia; las sociedades de agricultura, en sus Memorias. La prueba auténtica de esto se encuentra en los registros de la capitación. La capitación se cobraba en el lugar del domicilio real: la percepción de la parte correspondiente á toda la alta Nobleza y á gran parte de la media se realizaba en París.

En el campo solamente residía el noble cuya modesta fortuna no le permitía dejarlo. Este noble estaba enfrente de los campesinos, vecinos suyos, en una posición en que creo que no se haya visto nunca propietario alguno. Como ya no era su jefe, no tenía el interés que había tenido en otros tiempos por gobernarlos, por ayudarlos, por dirigirlos: y como no estaba sujeto á las mismas cargas públicas que ellos, no podía tener simpatía por su miseria, que no compartía, ni asociarse á sus quejas, que no le afectaban. Los campesinos no eran ya súbditos suyos; él tampoco era con-ciudadano de aquéllos: hecho único en la Historia.

Esto producía una especie de absentismo de corazón, si puedo expresarme así, más frecuente aún y más eficaz que el absentismo propiamente dicho. De aquí que el noble que residía en sus tierras mostraba algunas veces los propósitos y los sentimientos que hubiera tenido en su ausencia su mayordomo. Como éste, no veía ya en sus colonos más que deudores á quienes exigía con rigor todo lo que le correspondía con arreglo á la ley ó á la costumbre, lo que hacía que muchas veces la percepción de lo que subsistía de los derechos feudales fuese más dura que en los tiempos del feudalismo.

Muchas veces empeñado, y siempre necesitado, vivía este hidalgo ordinariamente con estrechez en su castillo, pensando solamente en amontonar el dinero, que iba á gastar por el invierno en la ciudad. El pueblo, que con una palabra gráfica expresa siempre una idea, dió á este hidalgo el nombre de la más pequeña de las aves de rapiña: le llamaba *el tagarote*.

Se podrá oponer indudablemente á esta afirmación el ejemplo de algunos individuos: yo hablo de clases, que son las únicas que deben ocupar al historiador. ¿Quién niega que hubiese en aquella época muchos propietarios ricos que, sin ocasión necesaria y sin interés común, se preocupasen del bienestar de los habitantes del campo? Pero estos propietarios luchaban con fortuna contra la ley de su nue-

va condición, que, á despecho de sus propias inclinaciones, los impelía hacia la indiferencia, como á sus antiguos vasallos hacia el odio.

Se ha atribuido este abandono de los campos por la Nobleza á la influencia particular de ciertos ministros y de ciertos reyes: unos, á Richelieu; otros, á Luis XIV. En efecto; fué un pensamiento constantemente puesto en práctica por los príncipes durante los tres últimos siglos de la Monarquía separar á los nobles del pueblo y atraerlos á la Corte y á los empleos. Esto se ve principalmente en el siglo xvii, en que la Nobleza era aún objeto de temor para la Monarquía. Entre las preguntas dirigidas á los intendentes encuentro ésta: Los nobles de su provincia ¿prefieren permanecer en sus propiedades, ó abandonarlas?

Se conserva la carta de un intendente contestando á esta pregunta, y en ella se lamenta de que los nobles de su provincia gusten de vivir en el campo en lugar de cumplir sus deberes para con el rey. Nótese bien este hecho: la provincia á que esta carta se refiere era el Anjou, después la Vendée. Estos nobles á quienes se censuraba por no cumplir sus deberes con el rey fueron los únicos que defendieron con las armas en la mano la Monarquía y murieron combatiendo por ella, y tan gloriosa distinción la debieron á que habían sabido conservar el afecto de esos campesinos entre los cuales se les censuraba que viviesen.

Es preciso, sin embargo, abstenerse de atribuir á la influencia directa de algunos de nuestros reyes el abandono de los campos por la clase que estaba entonces á la cabeza de la nación. La causa principal y permanente de este hecho no estuvo en la voluntad de ciertos hombres, sino en la acción lenta é incesante de las instituciones, y la prueba está en que cuando en el siglo xviii el Gobierno quiere combatir el mal, no puede siquiera impedir que progrese. Á medida que la Nobleza va perdiendo sus derechos políticos sin adquirir otros y desaparecen las libertades locales, aumenta la emigración de los nobles. No se necesita atraer-

los fuera de sus dominios, porque ya no tienen gusto en residir en ellos: la vida del campo les parece insípida.

Lo que digo de los nobles debe entenderse de los propietarios ricos de todas las naciones. País de centralización, campos vacíos de habitantes ricos é ilustrados. Podría aún añadir: país de centralización, país de cultura imperfecta y rutinaria, y comentar aquellas palabras tan profundas de Montesquieu, determinando su sentido: «Las tierras producen menos por razón de su fertilidad que por la libertad de los habitantes». Pero no quiero salir de mi asunto.

Hemos visto en capítulos anteriores cómo los burgueses abandonaron también los campos, buscando asilo en las ciudades. Sobre este punto están de completo acuerdo todos los documentos del antiguo régimen. No se ve casi nunca en los campos—dicen—más que una generación de labradores ricos. Si uno de ellos por su trabajo llega á adquirir una modesta fortuna, inmediatamente hace que su hijo deje el arado, le manda á la ciudad y le compra un oficio. De aquella época data esa especie de horror singular que manifiesta muchas veces, aun en nuestros días, el agricultor francés por la profesión que le ha enriquecido: el efecto ha sobrevivido á la causa.

Á decir verdad, el único hombre bien educado, ó, como dicen los ingleses, el único *gentleman* que residía de una manera permanente entre los campesinos y estaba en contacto constante con ellos, era el cura, y éste hubiera sido el dueño de las poblaciones rurales, á despecho de Voltaire, si no se hubiese ligado de una manera tan estrecha y tan visible á la jerarquía política. Como poseía varios de los privilegios de ésta, inspiró en parte los mismos odios.

Tenemos, pues, al campesino casi completamente separado de las clases superiores; está alejado también de aquellos de sus semejantes que hubieran podido ayudarle y dirigirle. Á medida que éstos se ilustraban ó se enriquecían, huían de él y le dejaban como aislado en medio de toda la nación.

En ninguno de los pueblos civilizados de Europa ocu-

rría esto en el mismo grado, y aun en Francia el hecho era reciente. El campesino del siglo xiv estaba más oprimido y más protegido al mismo tiempo: la aristocracia le tiranizaba algunas veces; pero no le abandonaba nunca. En el siglo xviii una aldea es una comunidad cuyos miembros son todos pobres, ignorantes y groseros; sus magistrados son tan incultos y tan despreciados como ellos; el síndico no sabe leer; el colector no puede hacer por sí mismo las cuentas de que dependen la fortuna de sus vecinos y la suya propia. No solamente su antiguo señor no tiene ya el derecho de gobernarla, sino que ha llegado á considerarse como una especie de degradación mezclarse en sus asuntos. Repartir la talla, reclutar la milicia, regular las prestaciones personales, son actos serviles, propios del síndico: el Poder central es el único que se ocupa en estas cosas, y como está muy lejos y no tiene todavía nada que temer de los vecinos de la aldea, no se acuerda de ella más que para cobrar los impuestos.

Veamos ahora en lo que para una clase abandonada, á la cual nadie quiere tiranizar, pero de quien tampoco nadie se preocupa para mejorar su condición.

Las cargas más pesadas que el sistema feudal hacía pesar sobre los habitantes del campo, ó no existen, ó son más ligeras; pero lo que se ignora generalmente es que aquéllas habían sido sustituidas por otras quizás más pesadas. El campesino no sufría todos los males que habían sufrido sus padres; pero se veía agobiado por muchas miserias que sus padres no habían conocido.

Sabido es que la talla se había decuplicado en los dos últimos siglos casi únicamente á expensas de los campesinos. Es preciso decir algo acerca de la forma en que se recaudaba este impuesto, para ver cómo pueden establecerse ó conservarse leyes bárbaras en siglos civilizados cuando los hombres más ilustrados de la nación no tienen interés personal en cambiarlas.

En una carta confidencial que el interventor general es-

eribe en 1772 á los intendentes se hace esta descripción de la talla, que es una obra maestra de exactitud y de brevedad: «La talla—dice este ministro,—arbitraria en su reparto, solidaria en su percepción, personal y no real en la mayor parte de Francia, está sujeta á variaciones continuas por virtud de los cambios que anualmente experimenta la fortuna de los contribuyentes». En tres frases está dicho todo lo que era este impuesto: no se podría describir con más habilidad el mal que se explotaba.

La parroquia tenía que pagar una cantidad que se fijaba todos los años; esta cantidad variaba continuamente, como dice el ministro; de suerte que ningún labrador podía prever con un año de anticipación lo que tendría que pagar el año siguiente. En el interior de la parroquia se nombraba caprichosamente un vecino, llamado el colector, que era el que repartía el impuesto entre los demás.

He prometido que diría cuál era la condición de este colector. Dejemos hablar á la Asamblea provincial del Berry en 1779: no puede ser sorpechosa, porque casi toda ella está compuesta de privilegiados que no pagan la talla y son elegidos por el rey. «Como todo el mundo quiere eludir el cargo de colector—decía en 1779,—es preciso establecer un turno. La cobranza de la talla se confía cada año á un nuevo colector, sin tener en cuenta su capacidad ni su honradez, y por eso cada reparto lleva impreso el carácter del que lo hace: el colector revela en él sus temores, sus debilidades ó sus vicios. Por otra parte, es imposible que su obra sea equitativa, porque tiene que hacerla á ciegas. ¿Quién conoce con exactitud la fortuna de su vecino y la proporción en que está con la de otro? El colector tiene que proceder con arreglo á su criterio, y es responsable del ingreso con todos sus bienes y con su cuerpo. Generalmente tiene que perder durante dos años la mitad de los días de trabajo para ir á buscar á los contribuyentes y apremiarlos. Los que no saben leer se ven obligados á buscar entre sus vecinos uno que los ayude».

Turgot había dicho ya, refiriéndose á otra provincia: «Este empleo es causa de la desesperación, y casi siempre de la ruina de los que lo desempeñan: de este modo se reduce sucesivamente á la miseria á todas las familias acomodadas de una aldea».

Este desgraciado colector, como se ve, tenía en sus manos un poder inmenso, y era á la vez un tirano y un mártir. Durante el ejercicio del cargo, que era la causa de su ruina, tenía en sus manos la ruina de todos los demás. «La preferencia por sus parientes—sigue diciendo la misma Asamblea provincial,—por sus amigos y vecinos, el odio, la venganza contra sus enemigos, la necesidad de un protector, el temor de disgustar á un vecino rico que da trabajo, combaten en su corazón los sentimientos de la justicia». El terror hace que algunas veces el colector sea implacable: hay parroquias en las cuales el colector iba siempre acompañado de *garnisaires* (1) y de alguaciles. «Cuando va sin alguaciles—dice un intendente al ministro en 1774,—los contribuyentes se niegan á pagar». «Solamente en el distrito de Villafranche—dice la Asamblea provincial de Guyena—hay constantemente en camino ciento seis alguaciles y auxiliares para llevar los mandamientos de apremio».

Para eludir el pago de este impuesto violento y arbitrario, el campesino francés, en pleno siglo XVIII, hace lo que los judíos de la Edad Media: finge ser miserable cuando no lo es en realidad, porque su modesta fortuna es para él causa de temor. Una prueba bien sensible de esto me suministra un documento, que no es de la Guyena, sino de un lugar distante cien leguas. La Sociedad de agricultura del Maine declara en su Memoria de 1761 que había tenido el propósito de repartir cabezas de ganado como premio y

(1) Individuos que el fisco alojaba en casa de los contribuyentes morosos por un tiempo variable, según la importancia del débito.—(N. del T.)

estímulo. «Ha desistido en su propósito—dice en su Memoria—por las consecuencias peligrosas que la envidia podría atraer sobre los que obtuvieran estos premios, que, debido al arbitrario reparto de los impuestos, les ocasionarían vejaciones en los años sucesivos».

Con este sistema fiscal cada contribuyente tenía en efecto, interés directo y permanente en espiar á sus vecinos y en denunciar al colector los progresos de su riqueza: se los adiestraba de este modo en la envidia, en la delación y en el odio. ¿No es verdad que parece que hablamos de cosas que pasan en los dominios de un rajá del Indostán?

Sin embargo, había en esta misma época regiones de Francia donde se cobraba con regularidad y con moderación este impuesto. Me refiero á ciertos países de Estados: verdad es que se les había dejado el derecho de cobrarlo por sí mismos. En el Languedoc, por ejemplo, la talla sólo grava la propiedad inmueble, y no se varía con arreglo á la fortuna del propietario, sino que tiene por base fija y visible un catastro cuidadosamente hecho, que se renueva cada treinta años, y en el cual las tierras están divididas en tres clases, según su fertilidad. Cada contribuyente sabe de antemano exactamente lo que importa la parte del impuesto que tiene que pagar. Si no lo paga, él sólo, ó mejor dicho, su tierra, es el único responsable. Si se cree lesionado en el reparto, tiene siempre derecho á exigir que se compare su cuota con la de otro vecino de la parroquia elegido por él mismo: esto es lo que nosotros llamamos hoy derecho á la igualdad proporcional.

Como se ve, todas estas reglas son precisamente las que seguimos hoy. Apenas se han mejorado después, no se ha hecho más que generalizarlas; porque es un hecho digno de ser notado que, si bien hemos tomado del Gobierno del antiguo régimen la forma de nuestra Administración pública, nos hemos guardado de imitarle en lo demás. Nuestros mejores métodos administrativos los hemos copiado de

las Asambleas provinciales, no del Gobierno central: hemos adoptado la máquina y rechazado el producto.

La pobreza habitual de los habitantes del campo dió origen á principios que no eran muy á propósito para acabar con ella. «Si los pueblos viviesen con holgura—había escrito Richeliu en su testamento político, difícilmente se someterían á las reglas». En el siglo XVIII no se llega á tanto; pero todavía se cree que el campesino no trabajaría si no estuviera constantemente agujoneado por la necesidad: la miseria parece ser la mejor garantía contra la pereza. Esta teoría es precisamente la misma que he oído profesar á muchos respecto de los negros de nuestras colonias. Tan extendida está entre los gobernantes, que casi todos los economistas se creen obligados á combatirla en forma.

El objeto primitivo de la talla había sido permitir al rey comprar soldados que librasen á los nobles y á sus vasallos del servicio militar; pero en el siglo XVII se estableció la obligación del servicio militar, como ya hemos visto, con el nombre de milicia, y esta vez sólo pesó sobre el pueblo, y casi únicamente sobre los habitantes de los campos.

Basta examinar los atestados que llenan las carpetas de cualquier Intendencia, todos referentes á la persecución de milicianos rebeldes ó desertores, para comprender que la milicia no se reclutaba sin obstáculos. Parece, en efecto, que ninguna de las cargas públicas era tan insoportable como ésta á los campesinos, y para sustraerse á ella se ocultaban muchas veces en los montes, donde había que perseguirlos á mano armada; cosa extraña, cuando se piensa en la facilidad con que se realiza hoy el reclutamiento.

Esta repugnancia extrema del pueblo hacia la milicia debe atribuirse, más que á la misma ley, á la forma en que se ejecutaba. Principalmente debe atribuirse á la incertumbre en que tenía á los que estaban sujetos á ella (podían ser llamados hasta los cuarenta años, á no ser que estuviesen casados); á las arbitrariedades de la revisión,

que hacía casi inútil la ventaja de un número alto; á la prohibición de los sustitutos; al disgusto que producía un oficio tan duro y peligroso, en que no había esperanza de ascender, y, sobre todo, al sentimiento de que carga tan gravosa pesase únicamente sobre los más miserables del pueblo, cuya triste condición hacía más amargos sus rigores.

He examinado muchos expedientes de sorteos celebrados el año 1769 en gran número de parroquias: en ellos figuran los exentos, y uno es criado de un noble; otro, guarda de una abadía: un tercero no es más que criado de un burgués; pero este burgués *vive como un noble*. La riqueza es la principal causa de exención. Cuando un labrador figura anualmente entre los mayores contribuyentes, sus hijos gozan del privilegio de exención de la milicia, y á esto se llama fomentar la agricultura. Los economistas, que en todo lo demás son partidarios fervorosos de la igualdad, no ven con malos ojos este privilegio, y piden que se extienda á otros casos; es decir, que se haga más pesada la carga para los pobres. «La escasa retribución del soldado—dice uno de ellos,—lo miserable de su alojamiento, vestido y alimentación y su absoluta dependencia serían demasiado crueles para los que no sean de la clase más baja del pueblo».

Hasta fines del reinado de Luis XIV nadie se preocupó de conservar las grandes vías de comunicación, ó si alguna vez se reparaban, era por cuenta de los que hacían uso de ellas; es decir, el Estado ó los propietarios colindantes. Pero en esta época se comenzó á repararlas empleando únicamente la prestación personal, esto es, á expensas de los villanos. Tan excelente pareció el recurso, que en 1737 una circular del inspector general Orry la aplicó á todo el reino, y se autorizó á los intendentes para prender á los recalitrantes ó mandar á sus casas pensionistas para indemnizar al Estado de lo que no percibía. A partir de esta fecha la prestación personal se extiende, y la carga aumenta conforme va

creciendo el comercio y siendo mayor la necesidad de tener buenos caminos. De la Memoria presentada á la Asamblea provincial del Berry en 1779 resulta que las obras ejecutadas en esta provincia pobre mediante la prestación personal deben evaluarse en 700.000 libras anuales; en la Baja Normandía se evaluaban en 1787 en una cantidad próximamente igual. Nada demuestra con mayor evidencia la triste suerte de los habitantes de los campos. Los progresos de la sociedad, que enriquecen á las demás clases, los desesperan: sólo para ellos es perniciosa la civilización.

En la correspondencia de los intendentes de esta época leo que conviene negar á los campesinos el empleo de la prestación personal en los caminos particulares de sus pueblos, teniendo en cuenta que debe estar reservada para las grandes vías, ó, como entonces se decía, para las *carreteras reales*. La extraña idea de que el precio de los caminos deben pagarlo los más pobres y los que menos han de viajar, aunque nueva, se arraiga tan profundamente en el ánimo de los que se aprovechan de ella, que llegan á creer que no hay otro medio de hacerlo. En el año 1776 se trata de sustituir la prestación personal por un impuesto local: la desigualdad se transforma inmediatamente con ella y persiste en el nuevo impuesto.

Al transformarse en servicio del rey la prestación personal, que antes era un servicio señorial, había ido extendiéndose poco á poco á todas las obras y servicios públicos, y en 1719 se emplea hasta en la construcción de cuarteles. *Las parroquias deben enviar sus mejores obreros—dice la orden,—y todas las demás obras deben posponerse á ésta*. Se emplea la prestación personal en el traslado de los penados á los presidios y de los mendigos á los asilos, y en el transporte de los efectos militares cada vez que las tropas cambian de residencia; carga onerosísima en una época en que cada regimiento llevaba tras sí gran impedimenta, que exigía reunir muchos carros y bueyes para transportarla. Esta aplicación de la prestación personal, que en un principio te-

nía poca importancia, vino á ser una de las más onerosas cuando aumentaron los ejércitos permanentes. He visto que algunos contratistas del Estado pedían á gritos que se pusiera á su disposición á los que estaban sujetos á esta prestación, para transportar las maderas de construcción desde los montes hasta los arsenales. Estos obreros recibían generalmente un salario siempre bajo, y fijado de una manera arbitraria. El peso de una carga tan mal distribuída se hace tan oneroso, que los recaudadores de la talla se alarman. «Los gastos que se exigen á los campesinos para reparar los caminos—escribe uno de ellos en 1751,—les impedirán muy pronto pagar la talla».

¿Hubieran podido establecerse estas nuevas cargas si al lado del campesino hubiera hombres ricos é ilustrados, con deseo y poder, si no de defenderle, por lo menos de interceder por él con quien tenía ya en sus manos la fortuna del pobre y del rico?

He leído la carta que un gran propietario escribía en 1774 al intendente de su provincia para convencerle de la conveniencia de abrir un camino. Según él, este camino contribuiría á la prosperidad del pueblo: daba las razones en que se fundaba, y luego hablaba de establecer una feria, asegurando que duplicaría el precio de los productos. Este buen ciudadano añadía que con un pequeño auxilio se podría fundar una escuela que daría al rey súbditos más industriosos. Hasta entonces no había pensado en semejantes mejoras: sólo se le ocurrió pensar en ellas después que una orden de destierro le retuvo en el castillo. «Mi destierro desde hace dos años en mis tierras—dice ingenuamente—me ha convencido de la gran utilidad de todas estas cosas».

En tiempos de escasez es cuando principalmente se nota que están rotos ó relajados los vínculos de patronazgo y dependencia que en otras épocas unían al gran propietario rural con los campesinos. En estos momentos de crisis el Gobierno central se asusta de su aislamiento y su debilidad:

quisiera resucitar por el momento las influencias individuales ó las asociaciones políticas que ha destruído, y las llama en su auxilio: nadie acude á su llamamiento, y se admira de que estén muertos aquéllos á quienes él mismo quitó la vida.

En estos momentos de apuro hay en las provincias más pobres intendentes que, como Turgot, dictan ilegalmente órdenes para obligar á los propietarios ricos á alimentar á sus colonos hasta la próxima cosecha. He visto con fecha de 1770 cartas de muchos curas párrocos que proponen á los intendentes imponer contribuciones á los grandes propietarios de sus parroquias, eclesiásticos y seglares, «que poseen, dicen, extensas propiedades que no habitan, y de las cuales sacan grandes rentas que van á gastar á otra parte».

Aun en tiempos normales las aldeas están infestadas de mendigos, porque, como dice Letrone, los pobres están asistidos en las ciudades; pero en el campo la mendicidad es de necesidad absoluta durante el invierno. De cuando en cuando se procedía contra estos infelices de una manera violentísima. En 1767 quiso el duque de Choiseul acabar de una vez con la mendicidad. En la correspondencia de los intendentes puede verse con qué rigor se acometió la empresa. La mariscalía recibió orden de prender á todos los mendigos que se encontrasen en el reino. Se asegura que pasaron de cincuenta mil los detenidos. Los vagabundos que pudieran trabajar debían ser enviados á galeras, y para recoger á los demás se abrieron más de cuarenta asilos. Más hubiera valido ablandar el corazón de los ricos.

Este Gobierno del antiguo régimen, que era, como he dicho ya, tan benigno, y á veces tan tímido, tan amigo de las formas, de la lentitud y de los miramientos cuando se trataba de hombres de las clases elevadas, es en muchas ocasiones rudo y siempre activo cuando procede contra las clases bajas, sobre todo contra los campesinos. Entre los documentos que he visto no hay uno sólo que se refiera á

la detención de burgueses por orden de los intendentes; pero, en cambio, á los villanos se los detiene á todas horas, con motivo de la prestación personal, de la milicia, de la mendicidad, por razones de policía y por otras mil causas. Para unos, tribunales independientes, largos debates, una publicidad tutelar; para otros, el preboste, que juzgaba sumariamente y sin apelación.

«La inmensa distancia que existe entre el pueblo y las demás clases—escribe Necker en 1785—contribuye á que no se pare la atención en la manera de proceder la autoridad con las clases bajas. Si no fuera por la benignidad y la humanidad que caracterizan á los franceses y al siglo en que vivimos, ese proceder sería un continuo motivo de tristeza para quienes saben compadecerse del yugo de que están exentos».

Pero la opresión que estos desgraciados sufrían se mostraba, más que en el mal que se les hacía, en el bien que se les impedía hacerse á sí mismos. Eran libres y propietarios, y seguían siendo tan ignorantes, y á veces más miserables que los siervos, sus abuelos: en medio de los prodigios de las artes y de los progresos de la civilización permanecían sin industria y completamente inciviles. Aunque conservaban la inteligencia y la perspicacia particulares de su raza, no habían aprendido á utilizarlas: ni siquiera progresaban en el cultivo de la tierra, que era su única ocupación. «Tengo ante mis ojos la agricultura del siglo x—dijo un célebre agrónomo inglés.—Estos infelices sólo se distinguían en el oficio de las armas, que, por lo menos, los ponía en contacto natural y necesario con las demás clases.

Tal era el estado de aislamiento y de miseria en que vivía el campesino. Sorpresa y extrañeza me causó saber que veinte años escasos antes de que el culto católico fuese abolido sin resistencia y profanadas las iglesias, el método que algunas veces seguía la Administración para conocer el número de habitantes de un cantón era el siguiente: los párrocos indicaban los nombres de los que habían comulgado por

Pascua, se añadía el número presunto de niños y de enfermos, y la suma daba el número total de habitantes. No obstante este aislamiento, las ideas de la época invadían ya por todas partes estos espíritus groseros y penetraban en ellos por caminos extraviados y subterráneos, tomando formas extrañas. Sin embargo, no se manifestaba ningún cambio en el exterior: las costumbres del campesino, sus hábitos y creencias parecían siempre los mismos; estaba sometido, y hasta parecía contento.

Hay que desconfiar de la alegría de que á veces da muestras el pueblo francés en medio de sus mayores males, porque solamente prueba que, creyendo que su mala fortuna es inevitable, trata de olvidarla no pensando en ella; en manera alguna que deje de sentirla. Ábrase á ese pueblo un camino que pueda sacarle de esta miseria que aparenta no sufrir, y se lanzará inmediatamente por él con tal violencia, que os arrollará, y pasará sobre vosotros sin veros si os interponéis en su camino.

Desde la distancia á que nos encontramos vemos perfectamente estas cosas; los contemporáneos no las veían. Los hombres de las clases elevadas con gran dificultad llegan á discernir claramente lo que pasa en el alma del pueblo, y en particular en la de los campesinos. Este es un hecho muy general; pero cuando el pobre y el rico no tienen ya intereses ni agravios comunes, la oscuridad que oculta el alma del uno á la del otro llega á ser insondable, y estos dos hombres podrían vivir juntos eternamente sin compenetrarse jamás. Es curioso ver con qué sorprendente seguridad vivían los que ocupaban los puestos elevados y medios del edificio social en el momento en que comenzaba la Revolución, y oírles discurrir ingeniosamente acerca de las virtudes del pueblo, de su templanza, de su lealtad, de sus inocentes placeres, cuando ya se acerca el 93. ¡Espectáculo ridículo y terrible á la vez!

Detengámonos aquí antes de pasar adelante, y fijemos por un momento nuestra consideración, teniendo presentes

los hechos que acabo de exponer, en una de las leyes más sabias de la Providencia en relación con el gobierno de las sociedades.

La Nobleza francesa se obstina en permanecer apartada de las demás clases; los nobles consiguen al fin librarse de la mayor parte de las cargas públicas que sobre ellos pesan; creen que sustrayéndose á estas cargas conservan su grandeza, y en un principio parece que lo consiguen. Sin embargo, como si estuvieran atacados de una enfermedad secreta é invisible, su condición se reduce poco á poco sin que nadie tenga en ello participación directa: los nobles se empobrecen conforme aumentan sus inmunidades. La burguesía, en cambio, con la que no querían confundirse, se enriquece y se ilustra junto á ellos, sin ellos y contra ellos. No quisieron considerar á los burgueses como asociados ni como conciudadanos, y van á encontrar en ellos rivales, antes de mucho enemigos, y al fin amos. Un poder extraño los ha descargado de la obligación de dirigir, proteger y asistir á sus vasallos; pero como al mismo tiempo les ha conservado sus derechos pecuniarios y sus privilegios honoríficos, creen que no han perdido nada. Como continuaban siendo los primeros, creen que todavía gobiernan; y, efectivamente, siguen teniendo á su alrededor hombres á quienes llaman sus súbditos en las actas notariales: otros se llaman vasallos, colonos ó arrendatarios suyos. En realidad, nadie los sigue, están solos, y cuando llegue el momento de herirlos de muerte, sólo podrán salvarse huyendo.

Aunque los destinos de la Nobleza y de la burguesía han sido muy distintos, se parecen en una cosa: el burgués ha llegado á vivir tan apartado del pueblo como la Nobleza. En vez de aproximarse á los campesinos, huyó del contacto con sus miserias; en vez de unirse estrechamente á ellos para luchar juntos contra la desigualdad común, buscó nuevas injusticias para su propio uso, mostrándose tan celoso para obtener exenciones como el noble para conser-

varlas. Los campesinos, de entre los cuales había salido, se convirtieron para él en seres extraños y, por decirlo así, desconocidos, y solamente después de haberles puesto las armas en la mano comprendió que había excitado pasiones que ni siquiera había imaginado; que era tan impotente para contenerlas como para encauzarlas, y de las cuales había de ser víctima después de ser promovedor.

En todas las edades de la Historia causarán admiración las ruinas de la gran Casa de Francia, que parecía estar llamada á extenderse por toda Europa; pero los que lean atentamente su historia comprenderán sin gran esfuerzo su caída. Casi todos los vicios, errores y funestos prejuicios que acabo de describir han debido su nacimiento, su duración ó su desarrollo al arte con que casi todos nuestros reyes procuraron separar á los hombres para gobernarlos más absolutamente.

Pero aun cuando el burgués estuviese completamente aislado del noble, y el campesino del noble y del burgués, y por efecto de un trabajo análogo y continuo en el seno de cada clase se hubiesen formado en el interior de cada una de ellas pequeñas agrupaciones particulares tan aisladas unas de otras como lo estaban entre sí las clases, el todo formaba, sin embargo, una masa homogénea cuyas partes estaban desligadas. Ninguna organización más á propósito para dificultar la acción del Gobierno; ninguna tampoco menos adecuada para favorecerla: de tal suerte, que el edificio entero de la grandeza de aquellos príncipes se derrumbó todo á un tiempo y en un momento cuando se conmovió la sociedad que le servía de base.

El pueblo, en fin, que parece haber sido el único que se ha aprovechado de las faltas y errores de todos los que le dominaron, si ha sacudido efectivamente su yugo, no ha podido sustraerse al de las ideas falsas, de las costumbres viciosas, de las malas inclinaciones que le habían hecho ó dejado adquirir, llegando algunas veces á adoptar hábitos de esclavo en el mismo uso de la libertad, mostrándose tan

incapaz de gobernarse á sí mismo como severo había sido con sus preceptores.

Ahora reanudo el hilo de mi discurso, y perdiendo de vista los hechos antiguos y generales que prepararon la gran Revolución que quiero describir, llego á los hechos particulares y más recientes que determinaron su nacimiento y su carácter.

## LIBRO III

### CAPÍTULO PRIMERO

**Cómo á mediados del siglo XVIII los hombres de letras eran los principales hombres políticos de la nación, y de los efectos que de este hecho se derivaron.**

Francia era hacía mucho tiempo la más literaria de todas las naciones de Europa: no obstante, los hombres de letras no habían mostrado nunca las tendencias que manifestaban á mediados del siglo XVIII, ni habían ocupado lugar tan preeminente como entonces. Hecho semejante no se había visto nunca entre nosotros, ni creo que en parte alguna.

No intervenían diariamente en los negocios públicos como en Inglaterra: por el contrario, nunca habían vivido más alejados de ellos; no estaban investidos con ninguna autoridad, ni desempeñaban ninguna función pública en una sociedad dominada ya por los funcionarios. Sin embargo, no eran, como sus colegas de Alemania, enteramente ajenos á la política, ni vivían retirados en el dominio de la filosofía pura y de las bellas letras. Constantemente se ocupaban en materias relacionadas con el Gobierno, y en realidad ésta era su única ocupación. Todos los días se les oía